

Vargas Llosa, en primera persona

El pez en el agua ha devuelto a la memoria de los lectores el entusiasmado y frustrado intento de Mario Vargas Llosa de alcanzar la presidencia del Perú. En capítulos alternos, este libro contiene las memorias de los años decisivos de la vida del escritor peruano: fines de 1946, época de su infancia y descubrimiento de que su padre no estaba muerto, y 1958 a 1990, años en los que Vargas Llosa abandona Perú; se dedica, ampliamente, a la literatura; su compromiso político y su decisión de presentarse a las elecciones presidenciales; su derrota electoral y el paso a una nueva etapa en la vida del escritor, en la que la literatura pasará, de nuevo, a ocupar el centro de su actividad. Nos encontramos ante un libro testimonial en el que lo autobiográfico es un importante material para un novelista que, siempre lo ha afirmado, sólo puede escribir de su experiencia personal.

El pez en el agua está estructurado en veinte capítulos, rematados por un colofón, que se distribuyen a manera de contrapunto: infancia, adolescencia, juventud y lucha política, correspondientes a los capítulos impares, mientras que los pares se centran en la campaña electoral y corresponden a los años 1987 a 1990, trienio en el que el autor de *La verdad de las mentiras* desarrolló una intensa actividad pública. En ambos casos, es la presencia de Vargas Llosa escritor la que prevalecerá de manera rotunda a lo largo de todas las páginas.

No hay que olvidar que con sólo veintiséis años, Vargas Llosa ya era considerado un escritor destacado que abrió nuevas perspectivas a la novela hispanoamericana,

mérito increíble en un país, Perú, que desde siempre ha reducido la literatura a una rareza, a una actividad marginal y mal considerada, como el propio autor ha denunciado repetidamente.

Vargas Llosa es sobre todo un novelista que, coherente con su concepción literaria, es «un disidente que crea mundos verbales porque no acepta la vida y el mundo tal como son». Por eso el autor de *Los jefes* considera que toda novela es «un acto de rebelión contra la realidad, contra Dios, contra la creación de Dios que es la realidad. Es una tentativa de corrección, de abolición de la realidad real»; de esta concepción, Vargas Llosa deduce que cada novela «es un deicidio secreto, un asesinato simbólico de la realidad». Hay mucho de todo lo dicho en las páginas de *El pez en el agua*, sobre todo en los capítulos dedicados a la infancia y adolescencia. También ahora Vargas Llosa escribe obsesionado por la forma. Lo que cuenta es una historia personal construida con piezas que funcionan en el conjunto. Las vivencias que nos relata el autor de *La señorita de Tacna* se enriquecen mutuamente y las experiencias circulan de un capítulo a otro gracias a un lenguaje y a una forma que implican al lector en lo narrado. Vargas Llosa habla de la realidad sin enunciarla directamente, sino trasponiéndola y ordenándola, modo que se había prefigurado en su primer relato *Los jefes*, en el sentido de «usar la experiencia personal como punto de partida para la fantasía». El escritor sabe que toda realidad es caótica y que «cuanto más rigurosa sea la construcción de la novela mejor será la comprensión del mundo que se evoque». Es esto lo que Vargas Llosa también cuida en esta autobiografía, que atrapa al lector, en esta vivencia personalísima gracias a una calculada estructura y una perfilada elaboración lingüística.

Son esa fascinación y cuidado por la forma lo que contribuye, a la hora de valorar las novelas del escritor peruano, a afirmar que su obra es una novelística lograda. También esta autobiografía cumple los requisitos fundamentales para ser considerada un relato conseguido: «ser una esforzada operación intelectual, un trabajo con el lenguaje, la invención de un orden narrativo, de una organización del tiempo, de una información y de unos si-

* Mario Vargas Llosa: *El pez en el agua*, Seix Barral, 1993, 541 págs.

lencios». Gracias a que esos elementos se cumplen sobradamente, el lector no sólo cree lo que Vargas Llosa le cuenta, sino que le conmueve y convence.

El pez en el agua es un libro trabajado a partir de la reelaboración de una serie de vivencias personales cuidadosamente seleccionadas que tienen por centro la infancia y adolescencia del escritor y, como contrapunto equilibrado, su entrada en política de una manera activa. Esta autobiografía no es sólo una historia privada, sino también la historia colectiva de Perú. Vargas Llosa relata la experiencia histórica peruana pasada y más reciente. Describe los vaivenes políticos de Perú y también la sociedad que los acepta. Hay un punto de vista desde el que el autor de *Los Cachorros* abarca la realidad que nos cuenta en *El pez en el agua*: desde sus cincuenta años, Vargas Llosa evoca los recuerdos alejados de su infancia y adolescencia y, también, el recuerdo de su campaña política, mucho más cercano y nítido. Curiosamente la individualidad del personaje que recuerda se pierde en la densidad y maraña del ambiente político, mientras que aflora y surge clara, diáfana y transparente en sus años de infancia y adolescencia en los que evoca lo más trivial y anecdótico en apariencia, constituyendo las páginas más literarias, siendo, quizá, las más inolvidables y en las que encontramos personajes absolutamente novelescos: Becerrita, redactor de *La crónica*, el tío Lucho, el señor Nieves... Páginas que conmueven y emocionan porque están más cerca de la literatura, porque Vargas Llosa, una vez más, se abandona a la fantasía de la realidad convirtiéndola en novela, mientras que las dedicadas a la actividad política son más reiterativas, más apegadas a la realidad cotidiana, pero en ambos casos una duda no abandonará al escritor: «me he preguntado si lo que escribía era verdad». Preocupación que otro escritor, Valle-Inclán, había resuelto de forma muy clara al afirmar que «las cosas no son como las vemos, sino como las recordamos». Novelescas son sin duda las páginas en las que se describe la infancia de Vargas Llosa, niño feliz entre abuelos, tíos y primos, hasta que el padre, que había abandonado a su madre embarazada de cinco meses, le arranca, violentamente, de ese paraíso para sumergirle en el infierno del miedo, la incompreensión y la incomunicación. El violento descubrimiento, a la edad de diez años, de la figura paterna, irá sumergiendo al niño Vargas Llosa en un clima de soledad

y vacío afectivo, despojado de amigos y familiares queridos. Años duros en la Lima de los 40 de los que se salva gracias a la lectura y la nostalgia de Piura. Es, por tanto, la figura paterna un elemento fundamental y decisivo en la biografía vargasllosiana, verdadero antagonista porque representará el odio, el rencor, la crueldad, la pérdida de la inocencia, pero sobre todo el odio hacia la literatura, odio que hizo que Vargas Llosa perseverara en ella. En *El pez en el agua* el escritor peruano descenderá al fondo de su intimidad para contarnos la terrible relación con su padre, sin atenuar comentarios u opiniones. El lector asistirá al testimonio sincero, humano, turbador y contradictorio de la descripción del universo familiar. Pero también Vargas Llosa revelará elementos importantes de su formación futura: desde el colegio militar Leoncio Prado, protagonista de *La ciudad y los perros* y lugar en el que comenzó a ser escritor; a su temprana experiencia como periodista en el periódico *La Crónica*; el descubrimiento de la vida de bohemia, reflejado en su novela *Conversación en la Catedral*; sus pasiones literarias a los quince años que, en cierto modo, le hicieron escribir su primera novela; el maravilloso y apasionado encuentro con la tía Julia, con la que se casaría, sin permiso paterno, a los diecinueve años; el descubrimiento de Sartre, a los dieciséis años, decisivo en su vocación; la decisión en 1954 de canalizar su labor literaria hacia la narrativa y la decisiva influencia de la lectura de los novelistas norteamericanos, sobre todo, Faulkner; el descubrimiento de los escritores latinoamericanos (como Borges, Octavio Paz, Bioy Casares, Rulfo) y de París. Vargas Llosa novela, por tanto, su propia vida, menos en lo referente al trienio político del que hace un excelente reportaje periodístico.

Vargas Llosa es uno de los escritores que desde siempre ha estado presente y activo en el campo político y así queda reflejado en las páginas de este libro. Éste es un tema que, constantemente, ha preocupado al escritor peruano y al que ha dedicado muchas páginas. Ya en 1982 en el prólogo a su obra *Contra viento y marea* escribía que todo escritor debería acercarse a la política para «cerrarle el paso, recordarle su lugar y contrarrestar sus estropicios». Pero es quizás a los cincuenta y un años cuando el autor de *Pantaleón y las visitadoras*, al descubrir la política como actividad, descuidó su quehacer literario y aquélla monopolizó, completamente

te, tres años de su vida. Interesantísimas son las razones que el escritor nos da con el fin de explicar por qué decide entrar de lleno en política. Entre otras razones, Vargas Llosa afirma que lo hace porque considera la presidencia «como el oficio más peligroso del mundo»; el desafío que suponía gobernar un país como Perú y la oposición a la decisión de Alan García de nacionalizar y estatizar bancos, compañías de seguros y las financieras de Perú, oposición que le llevará a escribir en 1987 su primer discurso político.

Lo que sí se percibe de forma clara es que la historia del trienio público de Vargas Llosa es la historia de una decepción. A lo largo del reportaje que constituyen las páginas dedicadas a los años durante los cuales Vargas Llosa aspiró a la presidencia, el autor, de una actitud confiada y esperanzadora para que su país deje de ser «pobre, bárbaro y violento» y «ponerlo en el camino de la recuperación», va evolucionando al escepticismo más absoluto. La política aparece en estas páginas como un conjunto de mentiras, intrigas y ausencia de ética. Vargas Llosa advierte sobre los peligros que entraña dicha actividad. El escritor está convencido de que no hay altruismo en política y que los objetivos hermosos dejan de serlo por la sed de poder, y es quizá por ello, por lo que Vargas Llosa considera a la literatura como una forma de resistencia al poder y como una manera de defender al individuo contra el Estado.

Vargas Llosa no se anda con contemplaciones a la hora de criticar a entidades, políticos, movimientos, actitudes... como puede observar cuando habla de Sendero Luminoso, Alan García, Fujimori, etc., o en la crítica a determinados intelectuales que, según él, abrazaron opiniones políticas equivocadas o que fingen determinadas convicciones con el fin de conseguir ascensos personales. Es en el colofón de este libro donde Vargas Llosa vierte su pesimismo, su desencanto, a la vez que una melancólica nostalgia ante la certidumbre de que la actividad política no es como la literaria. Como político, Vargas Llosa es un derrotado, transtornado, en cierto modo, por los avatares de su activismo político. No hay optimismo posible porque los adversarios continúan y porque Perú sigue siendo un país confuso y paradójico; imprevisible política e históricamente. A pesar de todo, hay que decir que Vargas Llosa cuenta menos de lo que parece en las páginas dedicadas a su campaña electoral

y deja puntos sin resolver. Refiere casi todos los pormenores que rodearon su candidatura a la presidencia, evoca viajes, entrevistas con dirigentes, insiste una y otra vez en su programa, cuenta anécdotas, nos da el perfil de sus más íntimos colaboradores, critica algunos fallos del Movimiento Libertad, nos da las razones que explican el atraso de su país, nos da un panorama estremecedor de Perú en sus aspectos más violentos, denuncia la corrupción, explica su fracaso en las elecciones, analiza el ascenso espectacular del hasta entonces desconocido Fujimori, relata la importante labor desempeñada por su hijo durante la campaña electoral, las advertencias, consejos y discusiones de su mujer durante la campaña... Pero no sabemos cómo se financió su partido, de dónde se sacaron los fondos para la campaña electoral. No es suficiente, en este sentido, que Vargas Llosa justifique su silencio amparándose en su odio y rechazo a la corrupción para explicar que ello «le hace decidir ignorar el nombre de quienes donaban dinero y las cantidades con el fin de no sentirse predispuesto, si llegaba a ser presidente, en favor de los donantes». Faltan concreciones y una mayor autocrítica que aclare su fracaso, así como una explicación clara de por qué las clases populares le asociaron, como también a su partido, con los ricos. Todas estas carencias, estos silencios empañan la pureza y transparencia del relato referente al trienio en el que Vargas Llosa desarrolló una intensa actividad pública.

Autobiografía, en cualquier caso, apasionante e interesantísima, corta (se echan de menos más páginas o sucesivas entregas), de este infatigable trabajador de la literatura que no deja, a lo largo de estas páginas, de darnos valiosísimas opiniones sobre literatura, así como una constante referencia a la hostilidad que hay en Perú hacia los escritores y a la desconfianza sistemática que el poder experimenta hacia el escritor, ya que esto obligará a muchos, como le sucedió a él, a desertar de su país o a abandonar el oficio dedicándose a otras actividades. Afortunadamente, Vargas Llosa sobrevivió y la realidad cultural peruana no frustró sus ambiciones literarias, aunque para ello tuviera que exiliarse como única respuesta a la imposibilidad de poder llegar a ser escritor viviendo en su propio país. Por ello Vargas Llosa ha afirmado que «el escritor peruano ha sentido tradicionalmente la tentación de huir a otros mundos en busca de un medio